

SERMON

PARA EL MIERCOLES SANTO.

IDEA. DEL JUICIO.

Congregabuntur ante eum omnes gentes (Matth. 25. v. 32.).

Lo que San Pedro anunciaba en otro tiempo á Israel, y San Pablo á los Areopagitas; lo que formaba comunmente la materia de los sermones de los Apóstoles, y lo que el mismo Espíritu Santo vino á anunciar al universo, esto mismo quiero yo proponeros hoy. El juicio: recuerdo admirable que hizo temblar á David en medio de las córtes, al voluptuoso Augusto en el seno del placer, al penitente Gerónimo entre los dos, al mortificado Arsenio en las cavernas, al incestuoso Felix sobre el tribunal de la infidelidad é injusticia. Si yo no tengo el zelo ni la elocuencia del Apóstol para trazar con la misma energía estas pasmosas verdades, tengo al menos la ventaja sobre San Pablo de hablar á oyentes ya convencidos de la terribilidad de vuestro juicio. Acaso algunos espíritus delicados se quejarán de que yo trate esta espantosa materia; pero qué, ¿para complacer la humana delicadeza, será preciso callar, hacer traicion á nuestro ministerio, y dejar de anunciar verdades tan esenciales al Evangelio? No, señores míos; nosotros cumpliremos las ór-

denes de Dios, anunciaremos este terrible juicio, y si no logramos complaceros, al menos os inspiraremos temor. ¿Qué es el juicio final? aquel dia que los Profetas nos han pintado con tan vivos coloridos: aquel dia del que Jesucristo nos ha hablado con tanta magestad y grandeza: aquel dia tan ignorado, que no es conocido ni aun de los ángeles y santos. Es el dia del Señor, es el del hombre. Ya teneis descubierta toda mi idea: dia del Señor, porque se manifestará tal cual es: dia del hombre, porque pareceremos tales cuales somos. El Señor nos hará sentir que es el Dios nuestro, y conoceremos que somos culpables.

PRIMERA PARTE.

El hombre no vé á Dios sobre la tierra, sino entre las nubes de los sentidos y los velos de la fe; pero el dia del juicio variará enteramente la escena. Ya no habrá velos, ya no habrá nubes, ya no habrá perjuicios, porque Dios desplegará todo su poder; porque Dios mostrará toda su equidad: dia de grandeza, dia de providencia. Sigamos. En el dia del juicio hará brillar Dios su omnipotencia; ¿y se necesitarán mas pruebas que el trastorno espantoso que debe anunciar la venida del Dios vengador? Para tomar idea de esto, subamos al origen de los siglos, comparemos lo que hizo Dios para criar el mundo, y lo que hará para destruirle. Ved aquí un leve bosquejo. En la creacion dijo Dios: derramense las aguas dulcemente sobre la tierra, que la rocien, la pe-

netren, la hagan deliciosa y fecunda. En el juicio, mandará al mar que pase sus límites inviolables puestos sobre la arena de la ribera: límites que parecía respetar por la curvatura de sus olas. Entonces rompiendo aquellas barreras antiguas que tenían esclavizado su furor, libre de sus cadenas, devorará con rugidos espantosos, y derribará en su cólera los palacios mas soberbios, con la misma facilidad que la cabaña del pastor. En la creación, Dios por sus propias manos hermoseó la tierra, y la adornó con yerbas y con flores, y quiso que ofreciese á nuestros ojos el mas risueño espectáculo. En el juicio, cubrirá la superficie de huesos áridos y secos: miembros mutilados é insectos flotarán sobre las aguas, donde tímidas miradas solo encontrarán cadáveres. En la creación, mandó á las estrellas que se colocasen en el firmamento, y se arreglasen como un ejército en batalla, segun la expresion de Job. En el juicio, estos bellos astros despegados del cielo, caerán de golpe sobre la tierra como centellas apagadas, ó como una armada puesta en confusion y en desórden. El sol perderá su luz, la luna no brillará, los planetas volverán atrás, será la noche eterna, el mundo mismo aumentará un nuevo caos.

Pero notad la diferencia: el Señor empleó seis dias para crear el mundo; para destruirle empleará un solo golpe de vista: *in ictu oculi*: ningun testigo llamó Dios para criar el mundo; para destruirle juntará todas las criaturas, todos verán su poder, todos confesarán que es el Dios: venid, incrédulos y libertinos, que atolondrados

por vuestro orgullo, pedís si hay sér mayor que vosotros. Mundo impío, ven y verás si hay un Dios. ¿Es verdad que el mundo existe por sí mismo? ¿Es verdad que debe subsistir siempre? Responded, espíritus fuertes; pero no: estremeceos. ¡Ah! ya no es tiempo de sistemas; llegó el dia de la verdad: los grandes no serán menos confundidos que los pequeños, y aparecerán delante de Dios iguales á nosotros. Monarcas poderosos de la tierra, despojad vuestras prendas soberbias de la diadema; dejad caer vuestros centros y vuestra púrpura al lado de vuestros vasallos, vosotros sereis vasallos como ellos. Conquistadores ilustres, que entrasteis como dioses en las provincias; héroes famosos que hicisteis temblar la tierra; sabios famosos que admirasteis el universo, arrancad los laureles de vuestra cabeza; arrojad las señales de honor que alimenta vuestra vanidad; otros laureles se han de suceder, y vuestra ciencia será la misma que la del Pastor. El Señor Dios echa sobre el universo una de aquellas miradas imperiosas, que hacen caminar la muerte delante de sí, y que derriten los montes como la cera en un horno; de sus ojos centellantes salen rios de fuego y torrentes de llamas; el incendio se aviva; la tierra no es mas que una hoguera; todo se consume en un instante; todo se reduce á polvo, y en esta desolacion general el mundo sirve de tumba al mundo mismo.

El mundo ya no existe; pero yo supongo que sobreviviendo á este desastre de la naturaleza, me acerco á aquellas reliquias humeantes; y to-

mando un puñado de cenizas, que recojo de todas partes, me pregunto á mí mismo: ¿son estos los restos de los cetros de los reyes, ó de los cayados de los pastores? todo calla, ó mas bien la misma ceniza parece que trata de reanimarse para responderme con Job: aquí están los poderosos y los pobres, los señores y los esclavos, los monarcas y los vasallos, todo está confundido; Dios solo es grande. Entre tanto ¿qué oigo yo, cristianos? ¿qué es esta voz magestuosa que rompe los abismos sobre las tumbas, penetra hasta el fondo del mar, y dice por todas partes: levantaos muertos, y venid á juicio? ¡O qué espectáculo tan horrendo! la tierra arroja sus cadáveres, el infierno vomita sus víctimas, el cielo tiende sus lazos, los huesos se aproximan, las carnes se reunen, los miembros se traban, los espíritus se reaniman, las almas gimen en su antigua cárcel, todos los pueblos se juntan, se manifiestan tales como han sido sobre la tierra. La sorpresa, el espanto se redobra. El Señor aparece elevado sobre una nube como sobre un carro triunfal: la luz le rodea, los ángeles le acompañan, los rayos y los relámpagos preceden y caminan en su seguimiento. Mortales, bajad los ojos; que toda rodilla se doble, que toda grandeza se humille, que toda carne se anonade: Dios solo es grande.

Y todo este pomposo aparato de que se habla, ¿qué es sino una fábula, dice el impío y libertino? estos son terrores de niños, y este juicio terrible no es en el fondo sino una quimera. ¿Luego nos habrá engañado Jesucristo? todo cuanto predijo este Soberano Maestro se ha

cumplido, ¿y solamente quedaria sin efecto la prediccion del juicio? Es una quimera; ¿por qué, pues, lo han confesado hasta los mismos paganos? No, hermanos míos, á pesar de la necedad del impío, esta es una verdad de fe. Dios debe un juicio á su poder, que el mundo no conoce; debe un juicio á su providencia, que el mundo blasfema.

Es preciso confesarlo: á primera vista reina en el mundo una confusion extraña, la Providencia parece despreciar igualmente á los pecadores y á los justos, y es preciso quitar dos escándalos; el del pecador en la gloria, y el del justo en la afliccion. El pecador en la gloria. Yo les he visto, dice David, en el seno de la paz, gozar de las delicias de la abundancia; libres de las amarguras que afligen á los hombres, no tener mas penas que la eleccion del placer; todos miraremos su recompensa como embriagados de su fortuna. Yo les he visto tambien entregarse á los mayores excesos; su espíritu seducido por un corazon demasiado feliz para ser sabio, formaba pensamientos de impiedad. Ellos decian, si hubiese Providencia, ¿colmaria de favores á los que abusan de sus leyes? Esos discursos me han llenado de horror, dice el Profeta; ni se ha titubeado por mi turbacion, y mis pasos inciertos apenas podian sostener mi cuerpo vacilante. Y de este aparente desorden, ¿qué es lo que concluye el Salmista? La necesidad del juicio. Señor, para asegurar mi razon, he penetrado en vuestro santuario, y he pensado en los últimos destinos de estos hombres tan felices; iban por de-

jar de serlo, y les he visto pálidos, trémulos, consternados al pie de vuestro trono, acusar las riquezas, quejarse de su prosperidad, gemir de su abundancia: yo los he visto.

Pero todavía mas: el Señor deja justificar su conducta respecto á los justos. Estos sufrieron mas injusticias sobre la tierra: la primera la causó su humildad, que ocultó sus virtudes: la segunda la malicia de sus enemigos, que se atrevió á ennegrecerla: la tercera el orgullo del mundo, que la trató de locura. En esta asamblea general Dios va á repararlo todo. ¡O justos! vosotros ocultais vuestras virtudes; pero dia vendrá que las manifestará el Señor: entonces se verán esas limosnas ocultas, cubiertas con un profundo silencio, depositadas en el seno de una pobreza vergonzosa: esas austeridades practicadas contra un cuerpo que no servia mas que para decir es vuestro: aquellas fervorosas oraciones que hallarán su sepulcro en el mismo corazon de donde salian, se verá que bajo apariencias simples y comunes, se ocultaba una grande alma de la que no era digno el mundo, porque el mundo no es digno de Dios. Pues el mundo será admirador de su mérito, despues de haber sido el censor rígido de su virtud.

San Pablo lo dijo, y muchos lo han experimentado: todos los que quieran vivir piamente en Jesucristo, padecerán persecucion. ¡Cuántos Josés, á quienes la impureza cubre de su vergüenza para justificar atentados? ¡Cuántas Susanas, á quienes calumniaba una pasion despreciada? ¡Cuántos mueren acaso en los suplicios, ó

gimen en los destierros, sin mas crimen que no permitirles justificar su inocencia? Dios lo ve desde su alto trono, y calla, quiere castigar ligeras infidelidades, y golpear mas estas pícoras misteriosas que han de adornar su santuario, imprimir bajo el sello de sus trabajos el mismo sello de su eleccion: él calla por amor. Pero el dia grande del juicio hablará por justicia: compareced almas negras y pérfidas, que echasteis sombras sobre la virtud de mis santos, animaos á sostener en mi presencia las acusaciones que no os avergonzasteis de inventar. ¡Soy yo el que quiero ocultar su causa? hablad: entonces la calumnia confundida, bajando los ojos, guardará un triste silencio. Yo me engaño: la calumnia hablará, confesará su confusion, se condenará por su propia boca, y justificará á los hombres justos, que no tenian mas crimen que su refinada virtud. Almas santas, ¿qué caso hareis entonces de estas preciosas afrentas que sufrís en estos tiempos? Dias felices, direis, los que padecemos humillacion, ¿cuán cortos habeis sido, y cuán largamente recompensados! ¡Ah cristianos! qué alegría, qué triunfo, qué placer; resta aun justificar la sabiduría de su conducta, de la injusticia del mundo que la trata de locura. Porque ved aquí su lenguaje: los hombres son espíritus mutilados, almas pequeñas; sus oraciones son piadosas bagatelas; sus revelaciones extravagancias causadas por el ayuno; su frecuencia en el templo es verdadera ociosidad; si perdonan una injuria, es debilidad; si no quieren vengarse, es bajeza; no se dejan arrastrar al mal ejemplo, singularizados.

Pero en el dia del juicio, se variará de pensamientos. Espíritus grandes, genios vastos, dirá el Señor, venid á reconocer vuestras ilusiones y vuestros errores. ¡O Dios! exclamarán ellos: verdades eran aquellas máximas de salvacion, de que hacíamos nosotros la materia de nuestras bufonadas ridículas. Sabios verdaderos eran aquellos cristianos que nosotros tratábamos de insensatos. ¿Cuál es su suerte? ¿cuál es la nuestra? ¿qué son ellos? ¿qué somos nosotros? triste revolucion. Entonces este artífice, este labrador, este doméstico, que apénas os dignais colocar en la misma especie que la vuestra; esta muger sencilla, este religioso triste, este sacerdote oscuro, sin mas grandeza que la de su sacerdocio y sus virtudes, se levantarán en los aires al lado de Jesucristo, para haceros caer á sus pies, ilustres impíos, famosos insensatos, como cae la ceniza y la paja, dice Malaquías. Así es como despues de haber hecho sentir su poder á los grandes, á los soberbios y á los incrédulos obstinados, justificará nuestro Dios su providencia, así la del pecador en la gloria, como la del justo en el desprecio. De aquí infero, que el dia del juicio será por excelencia el dia del Señor: *Dies Domini*. Él será tambien el dia del hombre: *Dies homini*.

SEGUNDA PARTE.

Por usar el lenguaje de Jesucristo, llamemos al dia del juicio el dia del mundo; ¿y por qué? porque el mundo debe ser examinado con rigor; porque el mundo debe descubrirse sin máscara;

porque el mundo debe ser condenado sin recurso. Reflexionemos sobre esto. El mundo debe ser examinado con rigor; ¿sobre qué? sobre sus pecados, sobre sus inutilidades, sobre sus virtudes. Sus pecados, primer objeto de discusion. Así estos pensamientos obscenos que el alma sumergida en afeminados sueños, profundizaba con placer para desquitarse de una regularidad forzada, que le imponia el genio ó el bien parecer; estos pensamientos de venganza, que la entretenian cuando no podia ejecutarlos; estos pensamientos de amor propio que incensaban su talento y su mérito, todo será detallado en un instante. Pecados de palabra. Aquellas conversaciones libertinas, donde se enseñó á una juventud inocente lo que debiera eternamente ignorar; conversaciones de maledicencia, donde se revelaba lo vergonzoso de las familias, las debilidades del sexo, las infidelidades de los esposos, las sombras del santuario; conversaciones de impiedad, donde se vomitaban blasfemias contra la religion y sus ministros: todo este detalle se hará en un instante. Pecados de conviccion. Las injusticias paliadas, los fraudes encubiertos, las usurpaciones que piden venganza, aquellas abominaciones de que no se puede hablar sin vergüenza, dice San Pablo, y que es mucho mas vergonzoso permitir-las: profanaciones del cuerpo, profanaciones de sangre, profanaciones de la naturaleza... Culpables pecadores, vosotros me entendeis. Ministros de la conciencia, que sois los depositarios secretos, vosotros temblais de horror; nada se escapará, todo se detallará en un instante.